BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

JOSE RIBERA *(El Españoleto.)*

Hácia el año de 1609, vivia en la ciudad de Roma el jóven José Ribera, y á pesar que no contaba mas que 16 años, recorria ya cubierto de andrajos las calles de la ciudad, contemplando las fachadas de sus casas, las plazas, los jardines, las iglesias, y estudiando en todos los sitios de donde no le repulsaba su miseria, las obras maestras de los artistas de todas épocas. Vivia allí sin padres, sin amigos, sin persona alguna que pudiera interesarse por él. Era poco robusto, y su salud se encontraba muy quebrantada por las privaciones contínuas de su vida miserable; no obstante conservaba una grande energía de carácter, y verdadero español, era tan orgulloso de su orígen, que sus compañeros le dieron el sobrenombre del *Españoleto*, aludiendo á su pequeña estatura.

Su padre era natural de Múrcia segun unos, y de

Valencia segun otros, y pertenecía á una familia distinguida de esta ciudad, y tuvo tres hijos, de los cuales dedicó dos á la carrera de las armas, y conociendo que la complexion de Ribera, que era el menor de los tres, no le permitía abrazar esta carrera, le hizo emprender la eclesiastica y le envió á la universidad de Valencia.

Allí encontró entre sus discípulos á un hijo del pintor Ribalta, quien tuvo ocasion de admirar su talento, y mandó inmediatamente á su hijo que lo trajese á su taller. En poco tiempo hizo bajo la direccion de éste progresos tan rápidos, que sus padres consintieron que abandonase la carrera de las letras, para dedicarse esclusivamente á un arte, para el que mostraba tan brillantes disposiciones, y se decidieron á dejarle partir para Italia. Allí encontró á su hermano mayor, que mandaba una compañía de españoles, pero los sucesos de la guerra obligó bien pronto á separarse á los dos hermanos, y Ribera quedó solo, sin recursos de ninguna especie en un pais, cuya lengua ignoraba todavía. Entonces se determinó á ir á Roma, donde pasó los dias enteros estudiando, y por la noche dormia sobre el suelo, ó al abrigo de un pórtico. La figura de sus dibujos y el esmero con que los concluia, le distinguieron bien pronto entre los demas jóvenes que se dedicaban á este mismo estudio.

Un dia que dibujaba delante de una casa algunas figuras Polidoro de Caravágio, un cardenal que pasaba por allí, se paso á observarle, y acercándose á él le preguntó acerca de su posicion, ideas y medios de subsistencia. Ribera le contó brevemente su desgraciada história, y el cardenal conmovido de su miseria, al propio tiempo que estimulado por su aplicacion, le hizo subir á su coche, y le alojó en su palacio, dejandole todo el tiempo libre para sus estudios.

Allí disfrutó de todo el regalo, y de todas las comodidades por espacio de algunos meses, hasta que un dia se puso á meditar en el tiempo que habia perdido, y en la nulidad en que le constituia su nuevo método de vida; entonces dejó sus vestidos brillantes por sus andrajos, y sus comidas espléndidas por un pedazo de pan, que pudieran prodigarle sus compañeros, y reconvenido por el cardenal de su ingratitud, respondió que la indolencia y la ociosidad le estaban prohibidas, y que creia lo mejor el partido que acaba de adoptar.

Entonces se dedicó al estudio de las esculturas antiguas, y de las obras de los artistas de la Itália moderna, pero daba su preferencia á las de Julio Romano, á las de Polidoro, y sobre todo á las pinturas penitenses de que estaban llenas las iglesias. Un dia llegó á ver en la de S. Luis de Francia, las obras de Miguel Angel de Caravágio, las cuales dispertaron toda su admiracion, particularmente la conversion de S. Pablo, obra consumada de este pintor. Hasta entonces habia admirado á Rafael, á Ticiano, á Miguel Angel, aquel dia se veia ya confundido, anonadado, y no se atrevia á moverse, por no perder el halagüeño encanto que le proporcionaba aquel cuadro, que le hacia conocer en su autor á su maestro y á su Dios.

Desde entonces su pensamiento fue solo el acercarse al hombre que pudiera enseñarle una pintura de esta especie, y cada vez que se le presentaba esta idea fluctuaba entre el *temor* y el *deseo*. Muchas veces llegó á acercarse á los umbrales de su puerta, y otras tantas le retrajo el temor de hablar á un hombre tan grande: un dia se decidió enteramente á dirigirle la palabra, y solo le dijo, «desearia veros pintar.» Caravágio continuando su camino, y echándole una mirada penetrante que le dejó confundido, le respondió, «sígueme,» y se puso á pintar en su presencia con todo el poder del ingénio y del talento. Mañana, le dijo luego que concluyó, mañana tú vendrás á pintar. ¡Mañana, repitió el jóven Ribera, mañana....! Y no acertaba á contemplar lo que pasaba en su alma. Al dia siguiente pintó, y continuó recibiendo sus lecciones por largo tiempo.

Acompañó á Caravágio á Nápoles, y trabajó en su taller durante dos años, que pasó en esta villa en su compañía.

Ribera empezó á hacer una fortuna considerable, merced á sus talentos y aplicacion, y aquel virey le nombró su primer pintor, con una pension considerable. Hizo várias pinturas para las iglesias de Nápoles, y cada dia se notaba mas el vigor, la verdad y la precision en sus obras. La última de éstas es tan perfecta y luminosa, que á no tener el nombre de su autor, se creería era la obra maestra de Corrégio.

Ténia en su casa las reuniones mas brillantes, á las que solian asistir todos los principales señores de la corte, y aun el mismo D. Juan de Austria, solia honrarlas con su presencia; en ellas bailaban, daban conciertos, y Ribera sacaba de estas reuniones mil medios con que disponer sus grupos para trasladarlos al pincel.

Su costumbre diaria era pasear á caballo por las mañanas, y despues retirarse á su trabajo, el cual tomaba con tanta aficion, que se le pasaban los dias enteros sin comer ni beber, y se vió precisado á tomar un hombre que le avisase las horas de tomar su alimento.

Sus obras mas notables, y que mas renombre le adquirieron fueron: la de S. Francisco Javier de la capilla real, y la de S. Géronimo, cuya imágen se complacia en reprodúcir de tal modo, que apenas hay galería en Europa donde no exista alguna enteramente variada. El Descendimiento de la Cruz en la Cartuja de S. Martin en Nápoles y los célebres lienzos que pintó por el Conde de Monterrey y existen en la iglesia de monjas agustinas de Salamanca colocan á nuestro pintor en un rango elevadísimo.

El talento de este hombre nervioso é irritable, su precision y su vigor son superiores á todo elogio: su pintura tiene siempre una fuerza de color y un efecto tal, que ninguno ha podido esceder. Elegía con preferencia los objetos terribles y melancólicos, y sus mártires les pintaba en el momento mas atroz de sus tormentos. Mucho mas pudiéramos decir de este célebre pintor, si lo permitiesen los estrechos límites de nuestro periódico, pero antes de concluir, no podemos menos de manifestar que ha dejado un considerable número de estampas al agua fuerte, que son muy estimadas, y que entre ellas merecen la preferencia una Bacanal, un S. Gerónimo, y el retrato de D. Juan de Austria á caballo, obras todas de un mérito nada comun, y que contribuyeron á aumentar la gloria, que con tanto fundamento goza este célebre pintor.

La gran proteccion que le dispensaba el bastardo de Felipe IV, era objeto de las habilillas del malicioso vulgo, que supuso que causaba el grande amor que tenia el virey á su hija mayor dotada de extraordinaria belleza. Sabido por Rivera, *partió lleno de pesar de Nápoles*, sin que haya podido volverse á saber de él.

ESCENAS MATRITENSES.

EL MARTES DE CARNAVAL Y EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

Las locuras del Carnaval tocan á su fin; la hora suprema del Martes ha sonado ya en todos los relojes de la Capital; la poblacion, sin embargo, ensordecida con el bullicioso ruido de las músicas y festines, no escucha la fatal campana que le advierte grata y sonora que todo tiene término, que la mano severa de la razon acaba de arrancar la máscara á la locura. Esta, empero, tenaz y resistente, todavía pretende prolongar su dominio, y no contenta con algunas semanas de tolerada adoracion, cambia mil disfraces, y hasta se atreve á profanar el de la religion misma para continuar arrastrando en pos de su carroza á los desatentados mortales....

¡Qué horas tan prófidas de sucesos aquellas en que la noche del Martes lucha tenazmente con la aurora del dia santo!.... ¡Que estravagancia de escenas, que vértigo de pasiones en los últimos instantes del reinado del placer! ¡Que contraste ominoso con la tranquila calma de la religion y de la filosofia! Ellas sin embargo vencerán con sus naturales atractivos, con su envidiable reposo, y apoderándose de los corazones embriagados de placer y de voluptuosidad, restituirán la calma á los sentidos, el bálsamo de la paz á los corazones agitados. Tal la voz pura y sublime del Redentor del mundo, cual rayo de viva lumbre penetró en las Bacanales del pueblo rey, y á su aspecto se deshicieron como sombras los ídolos del paganismo.

Pero ¿quién detiene su imaginacion en estas consideraciones, cuando se halla instalado en un rico salon, dorado y fulgente á la luz de mil antorchas, sonoro á la vivracion de los músicos instrumentos, henchido de vida y movimiento en mil grupos vistosos de figuras estrañas, que con sus variados ropages, sus disfraces caprichosos, sus agudos diálogos, ofrecen un traslado fiel de la vida animada, de los diversos matizes de la humana sociedad? —Austero Filósofo, que estudias y lamentas las debilidades del hombre; dirige entonces tus severos preceptos al jóven animoso que por primera vez se mira en aquel momento coronado con una dulce mirada, con un *sí* lisongero del envidiado objeto de su amor.... Te mirará con ceño ó acaso no reparará en tí; pero sí insistes en aconsejarle, en mostrarle el fiel espejo de la razon, en hacerle adivinar un porvenir doloroso tras de aquella mirada, tras de aquel dulce y halagüeño *sí*; te volverá la espalda, ó frunciendo los lábios ante tu grave y mesurada faz, te dirá con sonrisa desdeñosa.... «*Mascara; no te conozco, dejame bailar.*»

Pura y cándida Virtud, que ceñida de blanco lino, la sien coronada de laurel, apareces de repente á los deslumbrados ojos de la noble cortesana, que envuelta en seda y pedrerías apenas acierta á divisarte, por entre la nube de incienso que sus adoradores tributan á sus pies.... dila entonces lo falaz de sus promesas y juramentos; la mentida ficcion de las grandezas humanas, los cándidos placeres de un corazon sencillo é inocente. «*Apartate de mi, Beata*, (te replicará con imperio), *no pises los bordados de mi manto, no deshojes con tu aliento de mal tono la frescura de las rosas que ciñen mi frente; Ea marchate.*»

Y vosotros tambien grande y noble Sabiduría, austero Deber, dulce y tranquilo Amor conyugal, apareced de repente ante el descuidado autor que emplea en aquellos instantes todo su talento en seducir á una niña inocente ó en dejarse engañar por una astuta cortesana; ante el noble magistrado que trueca la severa toga de la justicia, por el callado y maligno *dominó*; ante el marido mundanal, ante la esposa terrena, que se separan voluntariamente en busca de aventuras, y vuelven á encontrarse á la hora convenida, haciendo alarde de su mútua infidelidad. Apareced, digo, entonces de repente ante esos grupos bulliciosos; cortad de improviso sus diálogos animados; reflejaos en su mente como un recuerdo instantáneo de sus respectivos deberes.... Veréis fruncirse sus frentes, despertarse su arrogancia, y pretender arrancaros la careta (que no teneis) diciéndoos con indignacion: «*¿quien sois, máscaras insolentes, ó que venis á hacer aqui?*»

Todo es, en fin, placer y movimiento, y risa y algazara, y cuadros halagüeños, sin pasado y sin porvenir: la capital entera resuena con las músicas armoniosas; por las anchas ventanas se desprenden torrentes de luz, y el confuso sonido de la conversacion y de la danza; mil carruages precipitados surcan en todos sentidos las calles, para conducir á los respectivos saraos á los alegres bailadores; la plateada luna refleja sus luces en los mantos recamados de oro, en las trenzas entretegidas de pedrerías; yacen desocupados los lechos conyugales, el opulento palacio, y el elevado zaquizami; todos sus moradores dejanlos precipitados, y corriendo en pos del tirso de la locura, acuden de mil partes á las bulliciosas mansiones del placer, á los innumerables templos de aquella Diosa del Carnaval.

¡Qué importa que á la mañana siguiente, el sol terrible, alumbre la desesperacion del cortesano, la miseria del indigente, la enfermedad del cuerpo, ó el horrible tormento de un engañado amor!.... ¡Qué importa!..... Hoy han hecho una trégua los dolores; el hambre y la guerra han cubierto un instante su horrorosa faz; los recuerdos de lo pasado, los temores de lo futuro han cedido á la mágica esponja que la locura pasó por nuestras frentes... ¡*Se acaba el Carnaval*! ¡es preciso disfrutarle!.... y marchan y se cruzan las parejas precipitadas, y retiemblan las altas columnas, y gimen las modestas vigas al confuso movimiento que empezando en los sótanos sombrios adonde tiene su oscura mansion el pordiosero, concluye bajo los techos artesonados y de inestimable valor....

La luz del sol, pura y radiante como en los dias anteriores, penetra descuidadamente en lo interior de esta escena, y pintando de mil matizes los empañados cristales de las ventanas, viene á herir las descuidadas frentes, los macilentos ojos de las hermosas; á su terrible y mágico talisman aparecen tambien las enojosas arrugas de los años, los estudiados afeites de la fingida beldad; rasgase el velo de la ilusion á los ojos del amante; hielanse las palabras en los lábios del cortesano; en vano la incansable locura quiere prolongar por mas tiempo su dominio; sus adoradores ven clara á la luz del sol su desencajada y mortecina faz.... y envolviéndose avergonzados de sí mismos, en sus falsos ropages, y ocultando su semblante en el fondo de sus carrozas, tornan á sus respectivas habitaciones donde á la cabecera de su lecho les espera la triste realidad....

II.

Suena cercano el monotono clamor de una modesta campana que llama á los fieles á la ceremonia religiosa que va á empezar en el templo. Cruzan desapercibidas

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

por delante de sus puertas las bulliciosas parejas, los elegantes carruages, sin que á penas ninguno de aquellos dichosos mortales se dignen parar un instante su imaginacion en el saludable aviso envuelto en el sonido de aquella campana ... Alguno, sin embargo, ó mas desdichado ó mas prudente, recoge animoso su inspiracion, y deseoso de aprovecharla, pisa los sagrados umbrales, y entra en el templo en el momento mismo en que va á principiarse la sagrada ceremonia.... ¡Qué apacible tranquilidad, que solemne reposo bajo aquellas santas y encumbradas bóbedas! ¡que misterioso silencio, en la piadosa concurrencia! ¡Qué noble sencillez en el sacrificio santo! ¡Qué contraste, en fin, sublime y magestuoso con el cansado bullicio, con el mentido aparato de la mansion de la locura!..... Los fieles concurrentes no son muchos en verdad; pero tampoco el templo se halla tan desocupado como era de temer de las escenas de la pasada noche.... Refléjase en los semblantes, ya la tranquilidad de una conciencia pura, ya la tregua religiosa de un profundo dolor; ora la rápida luz de una esperanza; ora la animada espresion de un ardiente y noble deseo....

¡Vosotros, pintores apasionados de las debilidades humanas, pretendidos moralistas modernos, novelistas y dramaturgos, escritores de conveniencia, que os atreveis á fulminar el dardo envenenado de vuestra pluma contra la sociedad entera, pretendiendo negar hasta la existencia de la virtud.... ¿la habeis buscado acaso en el sagrado recinto de la religion; en el modesto hogar del tierno padre de familias; en el taller del artesano; en el lecho hospitalario del infeliz? ¿ó acaso, desdeñando indiferentes estos cuadros, rellejais solo en vuestra imaginacion y vuestras obras, los que os presentan vuestros dorados salones, vuestros impúdicos gabinetes, vuestras inmundas orgías, vuestros embriagantes cafés?.... ¡Y pretendeis ser pintores de la naturaleza, cuando solo la contemplais por su aspecto repugnante?.... ¿Creis conocer al hombre, cuando solo pintais escepciones? ¿os atreveis á retratar la sociedad, cuando solo haceis vuestro retrato ó el de vuestros semejantes? Temeridad, por cierto, sería la de aquel que pretendiera juzgar de la impureza de las aguas de un magestuoso rio, por las escorias y el légamo que sobrenadan en su superficie, sin reparar que allá en el fondo de su lecho, y entre las menudas arenas, corre tranquilo y gusta de permanecer escondido lo mas puro y limpio de su raudal.

Concluido el *santo sacrificio* el *sacerdote* baja las gradas del altar, y pronunciando las sublimes palabras del rito, va imprimiendo en todas las frentes la señal del polvo en que algun dia han de ser convertidas. Ni un suspiro, ni una lágrima, aparecen á tan fúnebre aviso en aquellos semblantes, en que solo se ven retratadas la conformidad y la esperanza; y tan apacible alegria, contraste sublime de la triste señal, sin duda sorprendiera á aquel desgraciado que no siente en su pecho el bálsamo consolador de la religion.

Entre los varios grupos interesantes que se ofrecen á la vista por todo el templo, uno sobre todos llama la atencion en este momento.... Un venerable anciano, cuya blanca cabellera se confunde naturalmente con la mancha de la ceniza que lleva en la frente, trabaja y se afana, ayudado de su muleta, para incorporarse y ponerse en pie... Sus débiles esfuerzos serian insuficientes, sino contase con otro auxiliar mas poderoso... Una figura angelical de mujer, en cuyas hermosas facciones se pinta toda la pureza de un corazon tierno é inocente, corre á sostener al impedido anciano, y confundir sus blanquísimas manos con las secas y arrugadas del anciano. Mírala este lleno de gratitud, y sus lágrimas de ternura parecen dar nuevas fuerzas á la tierna criatura, que prestando sus débiles hombros al pobre viejo, le conduce lentamente hasta la puerta del templo, entregándole al mismo tiempo una moneda, única que en su bolsillo existe.... ¡Aquella jóven era su hija, aquella moneda el premio mezquino del trabajo de su costura en toda la noche anterior....! ¡y aquella noche habia sido la noche dichosa del Carnaval!... y los alegres libertinos que regresaban de los bailes, al pasar por la puerta del templo, y viendo salir de él á aquella modesta beldad, se detienen un momento sorprendidos de su hermosura, y calmadas sus risas por un involuntario respeto, míranse mútuamente prorrumpiendo en esta esclamacion: «¡*qué diablos*! ¡*y creiamos que habian estado en el baile todas las hermosas de Madrid*!»

III.

Hay una calle en alguno de los barrios meridionales de esta Corte, que encierra en su breve recinto mas aventuras que un drama moderno, y mas procesos que el archivo de la audiencia. Esta calle, conocida harto bien de la policía civil, descuidada demasiado por la urbana, cuenta entre sus moradores cantidad considerable de profesores industriales y manufactureros, modestos paladines, músicos guitarristas, cantadores en falsete, matronas benéficas, doncellas re catadas, viageros berberiscos, viejas mitradas, mozos despiertos, maridos dormidos, y muchachos del comun.

No sabré decir á cuántos grados longitudinales se estiende el dominio é influjo de esta calle, pero bien podremos considerarla como el centro y emporio del Madrid meridional, que se dilata (segun la opinion de los mas acreditados geógrafos), desde las *vistillas de San Francisco á la iglesia de San Lorenzo*, comprendiendo en su extenso dominio multitud de pequeños estados mas ó menos independientes ó feudatarios, en que varían tambien las leyes, usos y costumbres de sus respectivos moradores.

Ahora, pues, no es del caso fijar la estadística, ni hacer el deslinde de tan considerable agrupacion de pueblos; y bastará para nuestro propósito suponernos llegados al centro capital (la calle ya referida), en la mañana del Miércoles de ceniza del año de gracia de mil ochocientos treinta y....

De contado, podemos asegurar que á la hora que corre, duerme y descansa de sus fatigas de la pasada noche el *Madrid-Norte* y *Centro-Madrid*, pero vela y pestañea en toda su actividad el *Madrid-Sur*; á la manera de aquel gigante de que nos habla Homero que mientras dormia con la mitad de sus ojos, velaba con la otra mitad. A este Madrid, pues, agitado y bullicioso, á este ojo del gigante despierto y animado es á donde hoy dirijimos nuestro rumbo, al traves de los vientos y á bordo de un menguado y azaroso calesin.

Fuerte cosa es que la maldita política que todo lo invade (menos mi pluma) nos vaya empobreciendo continuamente el diccionario, ó como decia el médico Bartolo, *secuestrando la facultad de hablar*. Sino fuera por ello no hubiera salido la voz *programa* de sus modestos límites, de simple anuncio ó segun la define el diccionario de la academia «el tema que se da para un discurso, ó cuadro». Pudiera yo entonces á mansalva usar aqui de esta voz, sin riesgo de alusiones de ninguna especie; mas ya que la fuerza de los usos contemporáneos nos traigan á término que sean necesarias estas continuas salvedades en el lenguage comun, debo decir en descargo de mi conciencia, que aqui solo trato de un anuncio, ó *vade-mecum* que me entregó el calesero á

tiempo de darnos á la vela, y en menguado papel asqueroso y mugriento, y con trazos de pluma un si es no es inesperto y vacilante decia: «*Porgrama de la solene juncion y estupenda asonaa que á é celebrarse el miercoles de ceniza de esta corte, como es uso y de-bota costumbre en toa la cristiandá de estos barrios, saliendo la procision den ca el tio Chispas el taernero, crofade mayor de la sardina con el intierro de este animal y too lo demas que aqui se relata.*»

Dejo sospechar al piadoso lector lo grato que para un asistente al espectáculo habia de ser encontrarse á dos por tres *formulado* el espectáculo mismo, y tener en la mano sin ulteriores esplicaciones la clave de aquella cifra. Seríalo empero todavia para muchos de mis lectores si me contentase con estampar aqui punto por coma (ó por mejor decir, sin unos y sin otras, porque de ambos carecia) el tal *programa*; pero en cumplimiento de mi propósito y para edificacion del auditorio, habré de trasladarle del idioma de Germania, al comun castellano; de los límites de letra muerta al animado espectáculo de cuadro en accion.

Esto supuesto, y supuestos tambien los oyentes en el punto término necesario para disfrutar de tan halagüeña vista, procederémos en la descripcion por el órden siguiente.

Rompian la marcha bailando hacia atras y abriendo paso con sendas estacas y carretillas disparadas á los pies de las viejas, hasta una docena de docenas de pícaros en agraz, fruta temprana y de grandes esperanzas, en quienes la elocuencia del foro funda su futura causa de gloria, y los caminos y canales su inmediata prosperidad.

Seguian en pos otros ciento ó doscientos mozallones, ya mas cariacontecidos y con diversos disfraces, cuales de ruedos y esteras en forma de monnguilles, cuales con cabezas postizas de carneros (figurando ir disfrazados) cuales de encorozados y penitentes, cuales de berberíscos y soldados romanos: entonaban los unos un cántico endiablado no sujeta su letra á ningun diccionario, ni su música á ningun diapason; mojaban los otros sendos escobones en calderos de vino con que hacian un profundo asperges en la devota concurrencia; retozaban bestialmente los de mas allá disparando al aire soberbios garrotazos, manotadas y pescozones. Amenizaban el conjunto de este grato episodio cuatro ó seis gatazos negros atados por la cola ó por las patas en la punta de un palo y enarbolados en alto á guisa de pendones; cinco docenas de esquilones de todos tamaños movidos por robustos puños y en pugna con otros tantos collarines de campanillas y cascabeles puestos igualmente en palos ó en los pacientes cuellos de los hermanos de la cofradia *de S. Marcos*, que en union con la otra *de la Sardina* celebraba igualmente tan estupenda funcion.

Descollaba despues un gran coro de vírgenes desenvueltas, de sonrosadas mejillas, ojos rasgados, nariz chata, labio retorcido, cesto de trenzas, mantilla al hom-

bro, brazos en jarras, y colorado guardapies. Estas tales con aventadores de esparto dirigian sus espresivos saludos á una y otra fila de concurrentes; mascaban higos ó mondaban naranjas y arrojaban las cascaras á las narices del mas inmediato; bailaban y se pinchaban con alfileres ó repicaban las castañuelas y cantaban el *jay ay ay*!

Seguian luego los maestros de la ceremonia; caras rugosas y mónumentales; páginas elocuentes de la humana depravacion; pliego de aleluyas *de la vida del hombre malo*; *facsimile* de los caprichos de *Alenza*; y original, en fin, de los sainetes de *Cruz*.

Allí, como si digeramos, se hallaba el núcleo del drama, el primer término del cuadro, el fondo de la cuestion principal. Allí el *tio Chispas*, director de la escena, ostentaba su grande inteligencia ante los taimados ojos de la *Chusca*, moza de siete cuartas, aventurada y resuelta, con mas desenfado de accion que un molino de viento, y mas sal en el cuerpo que la montaña de Cardona. Allí *Juanillo* (alias *Vinagre*) con un pañuelo en la cabeza y una manta pendiente del hombro, miraba á entrambos con ojos amenazadores, y su feroz espresion y su atezado rostro, ofrecian un fiel trasunto del celoso amante de Desdemona. Otros grupos mas ó menos interesantes retrataban todos los grados posibles del amor carnal, desde la primera mirada incentiva hasta el último desdeñoso puntapie. Allí en fin, los maridos de aquellas deidades, último término del cuadro, formaban una gruesa falange, y seguian apresurados el trote de los delanteros, todos revueltos, mansos y bravios, como en el camino de Abroñigal.

Sostenida en hombros de los mas autorizados, y en un grotesco ataud, se elevaba una figura bamboche formada de paja y con vestido completo, el cual pelele era una *vera efigies* por su trage y hasta sus facciones del *señor Marcos*, marido y conjunta persona de la *Chusca*, á cuya ventana habia estado espuesto de cuerpo presente en los tres dias de carnes-toledas; ofrenda dirijida por sus propias manos, en obsequio del farante de la fiesta, su predilecto y osado *Chirlo*, y emblema harto claro para él y para los circunstantes y únicamente mando para el cándido original de aquella ingeniosa mistificacion.

En la boca del pelele, y casi sin que nadie lo echase de ver, una mísera *sardina* iba destinada á la fatal huesa, sucediendo en esta fiesta como en otras mas importantes en que la multitud de accesorios cubren y hacen olvidar el objeto principal.

Precedian, seguian ó esperaban á tan régia comitiva en todos los puntos de la fiesta, diversos *Coros* ó estaciones por lo regular delante de los puestos de licores ó de las calderas de buñuelos, en estos términos.

Coro de doncellas.

Las que envuelven cigarros en la fábrica del Portillo de Embajadores.

Las que pasean entre dos luces desde la red de San Luis á la plazuela de Santa Ana, dedicadas al comercio por menor.

Las que hacian de Madre España, y de virtudes teologales y de diosas del olimpo en las funciones de la jura.

Las que venden rábanos en verano, ó avellanas en feria, ó naranjas en primavera, ó castañas en invierno.

Las que vinieron de su pueblo á servir á un amo, y acabó su humildad por servir á muchos, barro fragil de Alcorcon sujeto á golpes y quebraduras.

Coro de mancebos.

Todos los que asisten al entierro del domingo, los que pueblan la cuerda de la plaza, los que venden bollos ó truecan por vino agua de naranja ó café.

Los que hicieron el paseo de Recoletos, ó prestaron iguales servicios al estado en puentes y calzadas.

Los que forman las diversas comisiones de industria de esta Capital; comision de pañuelos, comision de relojes, comision de cuarenta horas, comision de posadas y forasteros.

Los que juegan á la barra en los tapias de *Chambert*, ó cantan amores á las ninfas del Manzanares, ó cobran el barato en la virgen del Puerto, ó venden caballos en el portillo de Lavapies.

Todos los estropeados de los ojos ó piernas, que los tienen buenos para huir de S. Bernardino; ó los que rascan guitarras á las puertas del juvileo, ó sanan de sus accidentes epilépticos á la vista de un alguacil.

Coro de inocentes.

Todos los que venden fósforos y libritos de papel en la Puerta del Sol y sus adyacentes.

Los que cargan arena en los altos de S. Isidro, ó juegan á las aleluyas en el campo de los Guardias.

Los que arrojan carretillas ó garbanzos de pega á las faldas de las mujeres, ó apalean los perros ó cogen la fruta de los puestos y echan á correr.

Los que vocean por las calles, «el papel que ha salido nuevo», ó acompañan á los héroes en sus triunfos y á los reos en su suplicio; órganos destemplados de la pública opinion, fuelles del aura popular.

Todas estas y otras muchas clases que seria harto prolijo enumerar, alternaban confusamente con los enjaezados caballos, las campanillentas calesas, los perros ahulladores, mascaras espantosas, fuegos y petardos disparados al viento.

En tan amable desorden y con la progresion que es consiguiente al continuo trasiego del mosto desde las botas á los estómagos, descendió la imponente comitiva hacia la puente toledana, siguiendo á lo largo por las frondosas orillas del canal, y dándosele una higa asi de la elegante Capital que dejaba á la espalda, como del fúnebre cementerio que miraba á su frente.

La burlesca y profana parodia se verificó en fin con toda solemnidad; ni se economizaron los cánticos burlescos, ni las religiosas ceremonias; el mísero pequecillo quedó sepultado, cerca del tercer molino, en una profunda huesa y dentro de una caja de turron: el pelele tio *Marcos* ardió ostentosamente encima de una elevada pira, y creciendo con las sombras de la noche el bullicio y la embriaguez, agitáronse mas y mas los ánimos, callaron las lenguas, hablaron los garrotes, y para que nada faltase á la propiedad de aquellas profanas exequias, diversos combatientes á la luz de las llamas se entregaban mutuamente á la mas encarnizada pelea....

A la mañana siguiente la gente se agrupaba á mirar por la reja que hay debajo de la escalerilla del hospital.... Dos cadáveres mutilados y desconocidos yacian espuestos, hasta que algun pasagero pudiese declarar sus nombres y la causa de su muerte.... ¡Sus nombres!.... ¡la causa de su muerte!.... la Chusca los sabia, y todo el barrio menos el tio Marcos los adivinó.

El Curioso Parlante.

HISTORIA NATURAL.

DE LOS VENENOS.

Una sustancia venenosa introducida en grande dosis en el estómago, en los pulmones, ó en la sangre, provoca una revolucion que puede terminar con la muerte. Estas dos circunstancias constituyen lo que se llama envenenamiento. El segundo, que es la dosis, no es menos esencial que el primero; pues la medicina emplea todos los dias en mínimas dosis estas sustancias venenosas que lejos de producir los síntomas y la catástrofe del envenenamiento, sirven para restablecer nuestra salud.

Los venenos se encuentran en los tres reinos de la naturaleza. En el reino animal en la clase de venenos gaseosos se encuentran el hidrógeno sulfurado y el amodíaco que se exhalan de las sepulturas, y de otros en que se encuentran sustancias animales en estado de putrefaccion. En cuanto á venenos sólidos, se encuentran en algunos animales cuya carne se come, lo que prueba que esta no tiene siempre la misma malignidad, como son el cóngrio, los peces de agua dulce, las almejas, ostras etc. Estos animales padecen algunas enfermedades, por los alimentos con que se mantienen en algunas estaciones del año, los que mudan las propiedades que su carne egerce en nuestro estómago. Los venenos mas peligrosos del reino animal estan en estado de líquidos, y obran por inoculacion, como la baba de los perros rabiosos, el veneno de la culebra de cáscabel y de las víboras; el de muchos insectos como la araña, tarántula, el tábano, y la abeja.

El reino vegetal nos suministra con mas abundancia y con propiedades mas enérgicas estas sustancias venenosas.

El *upas tinsté*, *upas athiar*, y todos aquellos jugos vegetales en que los salvages mojan la punta de sus flechas, dan la muerte á los pocos segundos de haberse mezclado con la sangre de la herida. Entre ellos se cuenta el ácido *prúsico* extraido para las operaciones de química de las almendras amargas y del *laurel-cereza*. Los mismos trabajos químicos han aislado tambien la materia activa de la mayor parte de los vegetales acres; estas producciones se encuentran, sin embargo, en el comercio de la farmacia bajo el nombre genérico de *álcalis* vegetales, causando la muerte cuando se suministran en dosis de algunos granos. Un proceso reciente ha dado una desgraciada celebridad al acetáto de morfina, que proviene del jugo de amapola oriental ú opio. Otros menos conocidos son casi tan activos, como la *estricnina* y la *brucina* estractadas de la nuez vómica, la *emetina* estractada de la raiz de ipecacuana, la *pirotoxina* estraida del *haba de San Ignacio*. La veratrina extractada del eléboro: la *delfina* extractada de la *estafiságria*. La solanina y daturina extractadas del pomo espinoso. La atropina extraida de la *belta-dona* y del beleño.

Todas estas producciones son remedios muy activos y muy útiles en pequeñas dosis: por esto la química moderna ha procurado con tanta solicitud su separacion de los materiales inertes que las envuelven. Es muy singular que en dos familias de vegetales, en las que hay muchas plantas venenosas, se hallen tambien otras que nos sirven de alimento; la cicúta es de la familia de las umbeladas, como la chirivía, la zanahoria, el peregil y el perifollo. La patata, el tomate y la dulcamára son de la familia de las solanacias, como la mora y el pomo espinoso.

Aunque el reino mineral no contiene mas cantidad de venenos, al menos su uso es mas abundante en la medicina y artes, por cuya razon se ofrecen mas comunmente á la imprudencia, á la malignidad y desesperacion. Las sales y óxidos metálicos de plomo, de arsénico; los ácidos *sulfúrico*, *hidroclórico*, *nítrico*, la sosa, cal, y amoniaco se emplean en casi todas las artes: el cobre, que con los cuerpos crasos se altera, está empleado en los utensilios de cocina.

Cuando los síntomas de un envenenamiento se manifiestan, y no se sabe con que sustancias ha sido ocasionado, ¿podrá atribuirse las mas veces á un envenenamiento mineral? El envenenamiento de sustancias vegetales se conoce por sus síntomas algo diferentes. Los accidentes son menos violentos que en el metálico, y cuando se tiene que obrar con alguno de los venenos vegetales acres, toman una fisonomía mas particular.

POESIA.

Todo es pálido despojo
Del hastío y del dolor:
Todo causa triste enojo
Sino lo anima el amor.

Vagára el hombre con incierto paso
Por el desierto estéril de la vida
exhausto de placer,
Y allá mirára en el perdido ocaso
Su mísera existencia maldecida
hundirse y perecer;
Si el Hacedor, al arrojarle al mundo,
Valle de llanto, donde osado alzára
su Alcázar el dolor,
A su abrasado labio moribundo
Alguna vez, piadoso, no acercára
la copa del amor.
¿Qué fuera el hombre en el mundano suelo
Al duro remo de la vida atado
cual Ilota servil,
Sin ese don consolador del Cielo
Que ablanda el corazon *emponzoñado*
de efime o reptil?
Fuera un vagel en procelosos mares,
Roto, oscilante sobre inmensa tumba,
sin guía ni timon;
Que entre el clamor de fúnebres cantares,
Al sumergirse entre las ondas, zumba
con fatídico son.
Fuera una sima cavernosa, oscura,
Do nunca el astro bienhechor del dia
osára penetrar:
Cuerpo sin alma, mágica figura,
Aborto de la ardiente fantasía,
espacio por llenar.
Tigre arrullado al belicoso estruendo
Del ronco parche y hórrido estampido
de atronador cañon;
Oyera el grito matador, horrendo
Sin sentir en su pecho endurecido
latir el corazon.
Viera á sus plantas el sepulcro abierto,
Bebiendo ansioso de la parca insana
el álito glacial;
Ansioso de arrojar en el desierto
De su existencia efímera y mundana
el despojo mortal.
Y pasára en la tierra cual rastrea
La vil culebra sobre inmundo cieno,
hollando con desden
La fresca planta que el vergel sombrea,
Y el áureo cáliz de la rosa lleno
de aromas del Edén.

Mas ese Supremo Ser
Que al hombre en su maldicion
Predestinó á padecer,
Le ofreció por compasion
El amor de una mujer.
Le dió para su ventura
Una angelical belleza
Llena de gracia y ternura,
De candor y de hermosura,
De pasion y gentileza.

Le dió en ella á respirar
Una aromática esencia;
Le dió una vida que amar
Y un Dios á quien adorar
Con frenética vehemencia.
A su aspecto candoroso
Ebrio el hombre de alegria
Vió en el golfo tenebroso
De su existir proceloso
Que un faro brillante ardia.

Entonces la barca atára
Que á otro mundo le pasára,
Su esclava existencia amó
Y á Dios, humilde, rogó
Que navegar le dejará
En el golfo en que nació.
Placer encontró en vivir;
Sus penas trocó en placer,
Y vió en su mente nacer
El sueño del porvenir,
Desde que llegó á sentir
Las caricias de otro Ser.
Ya su fiereza rendida
Dió entrada á la compasion,
A ese destello de vida,
A esa dulce sensacion
Que imprime en el corazon
Una lágrima vertida.
Y la maldad inclemente
Perdió en él su poderío,
Cual en las ondas del rio
Pierde su espuma el torrente,
Cual se deseca la fuente,
Cual se evapora el rocío.

¿Qué importa mirar el campo
Cubierto de ricas flores,
Y esmaltado de colores
Al prado fragante olor
exhalar?
¿Qué importa que en raudo vuelo
Pueblen el aire las aves,
Y que en cánticos suaves
Saluden al resplandor
luminar?
¿Qué importa que en blanca plata
Del claro y undoso rio
Pueda el pez á su albedrío
El ancha cola escamosa
sacudir?
Y que en escondida mata
Duerma a liebre serena,
Y se mire en la colmena
A la enjambre laboriosa
rebullir?

Todo es pálido despojo
Del hastío y del dolor;
Todo causa triste enojo
Sino lo anima el amor.

Así cantaba un doncel,
Y al propio tiempo escribía,
Y llanto de amor vertía
Sobre el húmedo papel.
Iba á añadir un renglon
Y se detuvo un momento,
Arrobado el pensamiento
En fantástica ilusion.
Pensó que la hermosa Láura
Cual la sílfide ligera
Le miraba placentera
Y columpiaba en el áura
Su trenzada cabellera.
Y que una mano de nieve
Su megilla acariciaba,
Y de su pecho exhalaba
Suspiro ardiente aunque leve
Que sus venas inflamaba.
¡Mas ah! que el dorado sueño
Se huyó cual en la tormenta
La luz del Cielo se ahuyenta
Con su brillo y su calor.
Y el doncel tornó á su letra,
Lleno de rabia y sonrojo,
Todo causa triste enojo
Sino lo anima el amor.

C. Diaz.

CRÓNICA.

CAJA DE AHORROS

DE MADRID.

Hoy Domingo 17 de Febrero queda abierta desde las diez de la mañana la *Caja de ahorros* creada en esta capital á virtud del Real Decreto de 25 de Octubre del año próximo pasado de 1838 (1).

Nuestros lectores han podido observar en los varios artículos que en diversas ocasiones hemos dedicado á la esplicacion de las *Cajas de ahorros* y sus ventajosos resultados en los paises extranjeros, la importancia que damos á esta benéfica institucion, verdadero blason del siglo actual; y nuestros vivos deseos de ver aclimatado en España un establecimiento que hace mas de treinta años poseen abundantemente la Inglaterra, Suiza, Holanda, Bélgica, Francia, Alemania, y Estados unidos de América. Aquellos deseos se ven hoy por fin realizados, y no dudamos que correspondiendo el éxito á las justas esperanzas concebidas, la *Caja de ahorros de Madrid*, que queda abierta hoy, podrá servir de ejemplo y norma para otras de igual clase en las capitales de provincia, generalizando de este modo á toda la poblacion de España los beneficios de tan sabia institucion.

Creemos tambien que el pueblo madrileño, que encierra en sí tantas clases laboriosas, tantas personas á quienes las desdichas de la época hacen mas y mas necesaria una prudente economía, se apresurara á aprovechar de este ventajoso medio para asegurarse á sí mismos ó á sus hijos un porvenir mas halagüeño, y mediante una ligera imposicion semanal desde la mínima cantidad de *cuatro reales* hasta la de *trescientos* inclusive, formar un pequeño capital, que á cubierto de todo riesgo, y aumentando constantemente por el interés compuesto, pueda ofrecerle un estímulo en sus trabajos, tranquilidad en sus adversidades, y risueña perspectiva en su porvenir.

Sabemos que las personas que forman la Junta directiva, no contentas con haber aceptado este honorífico y gratuito encargo y haber vencido todos los obstáculos hasta su pronta realizacion, dedicando á ello todos los medios que su ventajosa posicion, su celo y probidad les permiten, han hecho invitaciones á las autoridades locales, á los Señores Curas párrocos, á los dueños de fabricas y otras corporaciones y personas que por su carácter y circunstancias pueden influir en generalizar la idea entre los artesanos y demas clases laboriosas, rogándoles que se sirvan prestarse á este acto de verdadera y sólida beneficencia, contribuyendo de este modo á moralizar las costumbres, y á propagar el amor al trabajo, único manantial de la riqueza pública y privada. Unimos nuestra escitacion á la de la Junta directiva de la Caja, y al paso que la dirijimos á nuestros lectores de todas clases(porque á todas alcanza en el dia la necesidad de una prudente economia), les ofrecemos darles noticia semanalmente del resultado numérico de las imposiciones en la caja, con las demas observaciones que nos sujiere nuestro buen deseo.

(1) La Caja está situada en la casa del Monte de piedad, plazuela de las Descalzas.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.